



Ventura de la Vega

El testamento

Drama en un acto

Personas

ENRIQUE LARRÓS. - ROBERTO, su hermano. - GERVASIO, notario. - ISIDORO DURAND. - ESTELA, hija de Gervasio. - PARIENTES Y AMIGOS DE GERVASIO.

(La escena es en un pueblo cerca de Honfleur)

Acto único

El teatro figura los términos de un pueblo cercano al mar. A la izquierda del actor la casa de GERVASIO: delante de ella un banco de césped y una mesa. A derecha la casa de ENRIQUE. En el fondo se ve el mar.

Escena primera

GERVASIO, ISIDORO.

ISIDORO. -Vamos, Sr. Gervasio, sin rodeos, ¿casa usted a la señorita Estela, su hija? ¿Sí o no? Ya tiene veinticuatro años cumplidos, y me parece que es tiempo...

GERVASIO. -Y tanto como que hoy mismo firmamos el contrato.

ISIDORO. -Bravísimo. ¿Y usted mismo será quien lo extienda, como notario del pueblo? Pues, cuidado. Reflexionarlo bien: no vaya usted a cometer alguna torpeza; porque las torpezas de un notario traen mucha reata... y después de extendidas se acabó.

GERVASIO. -Si se hubieran de extender las tuyas...

ISIDORO. -Se gustaría mucho papel sellado, ¿no es verdad? Pero dígame usted. ¿Y cuál es el mozo del pueblo que elige usted por yerno?

GERVASIO. -¿Y a ti qué te importa?

ISIDORO. -Me importa, porque es plaza a que quiero yo hacer oposición.

GERVASIO. -¡Tú!

ISIDORO. -¿Y por qué no? En las cercanías de un puerto de mar, como es el pueblo en que habitamos, los maridos es un género escaso; los mozos se van de grumetes o de marineros. Yo no: siempre arrendador, como mi padre, yo tengo bienes, soy buen mozo..., ¿eh? Me parece que no es un mal partido. ¿Qué tal? Repare usted...

GERVASIO. -Sí, tú eres un buen muchacho, lo sé. El Sr. Durand, tu padre, era un hombre de bien; y si viviese, tal vez se pensaría...; pero ya tengo otro elegido.

ISIDORO. -¿Y quién es?

GERVASIO. -Bien puedo decírtelo, porque dentro de una hora lo sabrá todo el pueblo.

ISIDORO. -Muchas gracias, Sr. Gervasio, por tan insigne confianza. Conque, vamos, ¿quién es el dichoso?

GERVASIO. -El mejor mozo del pueblo, Enrique Larrós.

ISIDORO. -¡Calle! ¡Jesús! ¡Un manco! ¡Jesús! ¡Ave María! ¡Ha ido a escoger un manco para darle la mano de su hija! Y yo que tengo mis dos manos sanas y expeditas... A la vista está.

GERVASIO. -¡Qué dices! ¡Enrique Larrós manco!

ISIDORO. -Manco, sí, señor. Hace ocho días que no puede servirse del brazo izquierdo, por eso lo lleva siempre metido en el seno. Y nadie sabe por qué incidente, porque en la guerra no ha sido, que siempre ha ido, como yo, por procurador..., por sustituto. Y además, linda familia la suya.

GERVASIO. -¡Cómo! ¿Te atreverás a decir mal de su padre? ¡Mi antiguo amigo, el Sr. Larrós, el hombre más honrado del país!

ISIDORO. -El Sr. Larrós, es verdad. Era tan serio, tan gruñón: no hubo vez que me encontrase que no me saludase con un coscorrón; hombre, según todos decían, de virtudes patriarcales. ¿Pero y su hijo mayor, aquel que todos llamaban el calavera? ¿Qué tal? Quimerista eterno, siempre en la taberna, persiguiendo a todas las muchachas, apaleando a los novios..., como que no podía uno enamorarse: por eso le pusieron Roberto el diablo, y después que desapareció ya sabéis las malas voces que corrieron acerca de él.

GERVASIO. -Ya lo sé: pero Enrique no tiene la culpa de las faltas de

su hermano; al contrario, las ha reparado en cuanto ha podido; y el cielo le ha dado la recompensa, haciéndole prosperar en el comercio y ser uno de los mejores fabricantes del país.

ISIDORO. -Sí, con unos pobres telares de algodón...

GERVASIO. -Con ellos ha ganado más de cincuenta mil francos.

ISIDORO. -Ahí está el busilis, en los cincuenta mil francos; por eso lo prefiere usted.

GERVASIO. -¿Qué dices? Necio.

ISIDORO. -Vaya usted con Dios... El interés... ¡Preferir un manco que tiene cincuenta mil francos a mí que tengo treinta mil y estoy completo! Y si no tengo más que treinta mil no es mía la culpa, sino de mi padre. Si no hubiera habido collones en mi familia...

GERVASIO. -¿Cómo collones?

ISIDORO. -¿Pues no se acuerda usted de aquel susto que le dieron a mi padre hace ocho años cuando venía de vender la hacienda? Un susto que nos costó muy caro. Pues señor, al anoecer, entrando en el bosque, vio un hombre embozado, se asustó, y sin más averiguación le tiró la cartera, y... pies para qué os quiero, apreté a correr. Una cartera colorada, donde traía veinte mil francos, y de la cual no volvimos a tener noticias. Vea usted qué diversión. Yo la hubiera heredado, y a la hora de ésta sería tan rico como ese Sr. Enrique, que a decir verdad no sé...

GERVASIO. -Vaya. Volvemos al tema.

ISIDORO. -Ahí le tiene usted, yo me voy; pero piénselo usted bien, Sr. Gervasio: va usted a sacrificar a su hija.

GERVASIO. -Bien está.

ISIDORO. -Sr. Gervasio, va usted a sacrificar a la chica

GERVASIO. -Mejor, vete. (Vase ISIDORO por la derecha.)

Escena II

GERVASIO, ENRIQUE.

GERVASIO. -Y bien, mi querido Enrique, ¿cómo te va?

ENRIQUE. -Bien, Sr. Gervasio.

GERVASIO. -¿Qué tienes? Estás triste. Y en un día de boda...

ENRIQUE. -No sin causa. Vea usted, Sr. Gervasio; yo me he visto en mil desgracias, he tenido penas muy grandes. En mi vida nada ha alterado mi tranquilidad; siempre he sabido triunfar de la mala suerte, porque el tiempo y una conciencia limpia suelen suplir a la filosofía, y acaban por consolarnos; pero en el día temo no poder hacerme superior.

GERVASIO. -¿Pues qué te ha sucedido? ¡Ah, ya estoy! ¿Alguna habilidad de Roberto, tu hermano mayor? ¿Habrás hecho ese calavera alguna de las tuyas?

ENRIQUE. -No, señor; hace ocho años que nada sabemos de él, y temo que mi pobre hermano ya no exista. No, señor, es de Estela, su hija de usted, de quien quería hablar. Desde que la conozco la amo, y he hecho cuanto he podido por agradarla.

GERVASIO. -Y creo que lo has conseguido. Ella te tiene por el mozo más honrado del país: te distingue, te estima...

ENRIQUE. -Sí, pero no me ama. Harto tiempo he querido hacerme tan dulce ilusión; pero ya estoy desengañado. Cuando uno siente en sí mismo tanta ternura, tanto amor, cuán fácilmente lo echa de menos en el objeto amado. Yo sería feliz dándole la mano. Pero ella...

GERVASIO. -¿Qué quieres decir?

ENRIQUE. -Su felicidad antes de todo, Sr. Gervasio. Usted no es rico: yo he ganado en el comercio, y lo soy: tengo cincuenta mil francos, la mitad ganada por mi trabajo y la otra mitad como caída del cielo; pues bien, quiero desprenderme de ésta.

GERVASIO. -Oyes, oyes, ¿qué dices? ¿Caída del cielo?

ENRIQUE. -Sí, señor: esa es una historia que ya la sabrá usted.

GERVASIO. -¿Cómo es eso? Pues si hoy has de ser mi yerno, me parece que nunca más a tiempo...

ENRIQUE. -Pues oiga usted. Por la época en que establecí mi fábrica, todas las desgracias me asaltaron juntas. Caí soldado, y me era preciso marchar o poner un sustituto: mi padre me había ofrecido seis mil francos para establecerme, y con ellos contaba para pagar a mis obreros y atender a los primeros gastos. Envié a mi hermano Roberto a la quinta a cobrar esa suma, y ya sabe usted...

GERVASIO. -Sí, sí: no fue mala imprudencia confiar tanto dinero a un calavera, a un jugador.

ENRIQUE. -Si usted le hubiera conocido como yo, Sr. Gervasio, no le trataría con tanta severidad. ¡Pobre hermano mío! Me parece que le estoy viendo entrar en mi cuarto, pálido, desencajado. «Enrique, me dijo, he jugado, lo he perdido todo, soy un miserable, voy a deshonorar a mi familia: para salvaros sólo me queda un medio.» Y al decir estas palabras apoyó contra la sien una pistola, yo me arrojo a él, quiero arrancársela, resiste, en esta lucha sale el tiro, me hiere en el brazo, y me arroja en tierra sin sentido. El desgraciado creyó sin duda que me había muerto, porque desde entonces no le he vuelto a ver.

GERVASIO. -Tanto mejor para vosotros y para todo el país.

ENRIQUE. -Juzgue usted de mi situación. Herido por mi hermano, arruinado también por él, porque al día siguiente debía hacer los pagos, no sabía qué partido tomar, cuando me entregan en un paquete cerrado y dirigido a mí veinte billetes de a mil francos, con estas solas palabras: «Para el Sr. Enrique Larrós.»

GERVASIO. -¡Es posible!

ENRIQUE. -Como usted lo oye. Yo creí que sería cosa de mi padre, y que lo habría vendido todo por socorrerme; pero él me aseguró formalmente que no, y ya sabe usted que la palabra de mi padre... Voy al pueblo: me presento al alcalde: juzgue usted de mi sorpresa cuando le oigo decir que ya han pagado por mí un sustituto, y que hace quince días que marchó al ejército. En aquel momento me acordé de mi hermano. Él sólo era capaz de semejante acción.

GERVASIO. -Es el mejor partido que podía haber tomado.

ENRIQUE. -Me aproveché, pues, del dinero que me había enviado mi misterioso protector. Y el objeto de mis esfuerzos, el norte de todos mis trabajos era obtener la mano de su hija de usted. Yo procuraba enriquecerme para ella, no para mí. Pero si es cierto que no puede ser dichosa conmigo, si no me ama, si ama a otro, estoy decidido a alejarme de este país; pero antes partiré con ella mis riquezas.

GERVASIO. -¿Qué estás diciendo?

ENRIQUE. -Le pertenecen tanto como a mí, pues por ella las he adquirido. Será feliz, y yo seré la causa: esto me basta. Aquí tiene

usted, Sr. Gervasio, lo que quería decirle.

GERVASIO. -¿Y piensas que yo consentiré?... Pero qué, amigo mío. Si estás en un error. Mi hija no ama a nadie sino a ti, estoy seguro; y si lo dudas... Mira, ahí viene: pregúntaselo tú mismo.

ENRIQUE. -No, Sr. Gervasio; mejor es que sea usted. Yo me voy a casa, tengo que escribir al pueblo, porque ayer me amenazaban con cierta quiebra. Lo dejo a usted con Estela; por Dios, que se explique francamente. Y sobre todo, acuérdesse usted de que quiero debérselo todo a ella y nada a la autoridad de su padre.

Escena III

GERVASIO, ESTELA.

GERVASIO. -Si este muchacho no fuera mi yerno, me moriría de pena. Ven, hija mía, acércate y respóndeme francamente. ¿Qué es lo que tú piensas de Enrique?

ESTELA. -¿Por qué me hace usted esa pregunta?

GERVASIO. -Yo tengo mis razones. Vamos, hija, habla: deseo saber cómo piensas de él.

ESTELA. -¿Cómo he de pensar sino muy bien? Es tan bueno, tan generoso; nos ha dado tantas pruebas de amistad...

GERVASIO. -Conque, según eso, tú le amas.

ESTELA. -Aquí todos lo quieren, y yo..., yo le conozco desde niña; porque, como vine a este pueblo mucho antes que usted a casa de mi tía, me crié con Enrique y con su hermano.

GERVASIO. -Sí; su hermano..., no hablemos de él: no es ese seguramente el que honra la familia.

ESTELA. -Es verdad que no; pero si no tiene las cualidades de Enrique, ¿de quién es la culpa? Ninguno de ustedes conocía su condición. Si se le hubiera tratado con bondad, si no se le hubiera juzgado incapaz de tener virtudes, él las hubiera tenido. Pero en lugar de esto todos se complacían en despreciarlo, en irritarlo: sin cesar le estaban diciendo: «Anda, tú no serás nunca más que un calavera.» Pues bien: él no quiso desmentir a ustedes, y lo fue por despecho.

GERVASIO. -Sí, y por inclinación.

ESTELA. -Ese es el error. Su hermano y yo supimos apreciar su índole, y yo estoy segura de que no ha hecho una mala acción que no haya procedido de una buena causa.

GERVASIO. -Linda flor. Pues mejor quiero yo malas causas que produzcan buenas acciones.

ESTELA. -Pero padre, usted apenas le conoce; porque cuando vino a establecerse aquí, ya él se había marchado; ¿por qué lo trata usted con tanta injusticia?

GERVASIO. -¡Con injusticia! Pues bien, a ti misma me atengo. ¿Cuál vale más de los dos hermanos?

ESTELA. -Enrique.

GERVASIO. -Si tuvieras que casarte con uno de los dos, ¿a cual elegirías?

ESTELA. -Yo creo que una mujer sería más feliz con Enrique.

GERVASIO. -Por supuesto, eso es hablar en razón. Pues has de saber que esta mañana ese pobre muchacho quería marcharse del país y dejarte sus bienes, porque creía que tú no le amabas.

ESTELA. -¡Que no le amo! ¡Y ha podido pensarlo! ¡Pobre Enrique!
¡Cuando no vive ni respira sino por mí, había yo de hacerle desgraciado!
¡Ah!, me horrorizaría a mí misma si fuese capaz de tanta ingratitud.

GERVASIO. -Bien. Muy bien, hija mía. Lo mismo que tú estás diciendo
le había yo respondido ya. Conque, ¿puedo decirle que le amas?

ESTELA. -Sí, señor.

GERVASIO. -¿Y que consientes en casarte con él al instante?

ESTELA. -¿Qué dice usted?

GERVASIO. -Que hoy mismo hemos de firmar el contrato. Qué, ¿dudas?
¿Rehusarás acaso?

ESTELA. -No, no señor. Pero dígame usted a Enrique que quiero antes
hablar un momento con él.

GERVASIO. -¿Y qué cosa?

ESTELA. -Perdone usted. A él sólo puedo decírselo. Y después, si él
lo exige, firmaré sin vacilar.

Escena IV

Los precedentes, ISIDORO.

ISIDORO. -¿Qué hacen ustedes aquí con esa pachorra, cuando todo el
mundo está en la playa viendo la hermosa fragata que acaba de fondear en
el puerto?

GERVASIO. -¿Qué nos importa la fragata?

ISIDORO. -Vaya una respuesta.

GERVASIO. -¿Te interesa a ti?

ISIDORO. -¿A mí? Maldito. Pero cuando veo a los demás correr y mirar,
yo también corro y miro: así es como se hacen los gentíos; si no, no los
habría.

GERVASIO. -Adiós, hasta luego. Oyes, te convido a la boda.

ISIDORO. -Conque, según veo, ¿no le ha dado usted mi recado a la
señorita Estela?

ESTELA. -¿Qué recado?

ISIDORO. -Que soy uno de los pretendientes.

ESTELA. -¿De veras?

ISIDORO. -¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted cómo no lo sabía? ¡Y quiere que
se decida! Señorita Estela, siga usted su inclinación; no se deje
sacrificar, que aquí estoy yo.

GERVASIO. -Mi hija será libre en su elección; es cuanto puedo
prometerte (A ESTELA.) Vamos a disponerlo todo a casa de Enrique.

Escena V

ISIDORO.

Eso es: «mi hija será libre en su elección», ¡y se la lleva al olor
de los cincuenta mil francos! La sacrifica, no hay que darle vueltas,
porque a igual precio yo sería el preferido. Por vida... del miedo de mi
padre. ¡Calle! ¿Quién viene aquí? ¿Qué hombre es ese? No parece del país.

Escena VI

ISIDORO, ROBERTO.

ISIDORO. -(¡Cómo lo mira todo! No parece sino que nunca ha visto
casas.)

ROBERTO. -Camarada, ¿eres tú del pueblo?

ISIDORO. -(¡Calle, y me tutea!) Sí señor, soy hijo nativo. Pero me
parece que el señor no es del país.

ROBERTO. -Yo, no. Yo no tengo país. Soy marino, y paso siempre mi vida en el buque.

ISIDORO. -¡Ah, es un marino! Sí, sí. En la política se le conoce.

ROBERTO. -¿El Sr. Gervasio, un antiguo notario de Honfleur, no vino hace cinco años a establecerse en este pueblo?

ISIDORO. -Sí señor.

ROBERTO. -¿Y Estela, su hija, vive todavía?

ISIDORO. -Sí señor, y es siempre la muchacha más linda del país. Vaya. Pues veo que conoce usted mucha gente del pueblo.

ROBERTO. -Sí. En otro tiempo oí hablar de ella y de su padre.

ISIDORO. -Vea usted, esa es su casa. ¡Oh, ya está muy variada, sobre todo desde que plantaron delante de ella ese jardincillo! Y se han hecho mil mejoras en el lugar. El alcalde ha hecho componer el camino real, y ya no se vuelca allí, a no ser en el invierno. (Viendo a ROBERTO fijo en la casa de ENRIQUE.) ¡Calle, no me oye! ¡Pues me gusta! Señor marino, esa gran casa de enfrente, que usted mira tanto, es del Sr. Enrique Larrós, que la hizo reparar y componer después de la muerte de su padre.

ROBERTO. -¡Qué oigo! ¡Ha muerto!

ISIDORO. -Sí señor, en esa casa. (ROBERTO se quita el sombrero con respeto y se enjuga los ojos.) Murió de las pesadumbres que le dio su hijo mayor, Roberto el diablo, como le llamaban aquí.

ROBERTO. -¿Tú le conociste?

ISIDORO. -Sí señor, es decir, yo tenía entonces diez años, y ahora voy a cumplir diez y ocho; pero me parece que le estoy viendo. ¡Qué cara! ¡Qué ojos! Flaquito, más flaquito que yo. ¡Y si usted supiera lo que contaban de él! No mientras vivía, porque entonces nadie se hubiera atrevido; pero después que murió.

ROBERTO. -Ha muerto, ¿eh?

ISIDORO. -Sí señor; lo mataron en una quimera que armó en una taberna; y fue mejor para él, porque su padre lo había desheredado.

ROBERTO. -¿Desheredado! ¿Estás seguro?

ISIDORO. -El Sr. Gervasio, que tiene el testamento, me lo ha dicho mil veces. Todos los bienes del padre han pasado a Enrique, el hijo menor.

ROBERTO. -Tanto mejor. Él los merecía. ¡Qué sea rico, que sea feliz es todo lo que deseo! (Con ternura.)

ISIDORO. -¿Es amigo de usted?

ROBERTO. -(Conteniéndose.) Mío..., no, no...; pero dime: una vez que tú conoces a todos los del pueblo, ¿qué es de Pedro Durand, un arrendador?

ISIDORO. -¡Pedro Durand! ¿También le conocía usted? ¡Calle!, pues si...

ROBERTO. -¿Por qué te asombras?

ISIDORO. -Pues si yo soy su hijo Isidoro Durand.

ROBERTO. -(Dándole en el hombro.) Te doy la enhorabuena. Eres hijo de un hombre muy de bien, muy guapo.

ISIDORO. -Hombre de bien, sí señor; pero en cuanto a guapo..., eso es otra cosa. Es decir, él no tuvo más que un encuentro en su vida; pero... se portó. Le dieron un susto que le costó buen dinero. Para mí ha sido el mal, que eso menos he tomado en la herencia.

ROBERTO. -Pues qué, ¿también ha muerto?

ISIDORO. -Esta Pascua hará dos años.

ROBERTO. -¡Qué desgraciado soy!

ISIDORO. -No tanto como yo, porque, en fin, si yo hubiera recogido la herencia de mi padre... toda, como ella era, ahora me casaría con la que amo. Pero no me quieren porque no tengo más que treinta mil francos.

ROBERTO. -¿De veras? ¿Y cuánto te falta?

ISIDORO. -Toma. Si quieren que el novio tenga por lo menos cincuenta mil francos. Conque me faltan veinte mil.

ROBERTO. -(Sacando y dándole una cartera.) Toma; ahí los tienes.

ISIDORO. -¡Cómo, señor! ¡Sin conocerme..., me presta usted una suma tan!...

ROBERTO. -No te la presto; es tuya.

ISIDORO. -(¡Cosa más rara! ¡Hace un favor y parece que riñe!) (Abre la cartera.) ¿Conque quiere usted que me quede con todos estos billetes?

ROBERTO. -Sí, tómalos; pero vuélveme la cartera.

ISIDORO. -¡Ah! ¿La tiene usted en estima?

ROBERTO. -Sí.

ISIDORO. -¡Pues hombre, una cartera vieja, colorada, toda desquebrajada y desteñida!... Parece que le ha caído agua.

ROBERTO. -(Enjugándose los ojos.) ¡Sí, mucha! Vaya, ya puedes ir a casarte con la que amas.

ISIDORO. -Es decir, haré lo posible, porque aún me falta despedir un rival. Pero como el Sr. Gervasio es apegadillo al dinero, y su hija me estima...

ROBERTO. -¡Cómo! ¿Es Estela la que va a casarse? ¡A casarse con otro!...

ISIDORO. -Sí, señor.

ROBERTO. -Sea quien fuere, esa boda no se hará. Tranquilízate, amigo. Yo, yo mismo me encargo de romperla.

ISIDORO. -¡Será posible! ¡Dios mío, qué me pasa! ¡Hombre extraordinario! ¡Me da dinero, despide a mi rival, me casa, y todo esto sin conocerme!

ROBERTO. -¿Quién viene allí?

ISIDORO. -Es el señor Gervasio.

ROBERTO. -Bien, déjame con él; ve a esperarme cerca de aquí, a la entrada del pueblo.

ISIDORO. -Allí estaré clavado. (A GERVASIO.) Sr. Gervasio, aquí hay un forastero que pregunta por usted. Arréglese con él, que paga bien.

Escena VII

GERVASIO, ROBERTO.

GERVASIO. -¿El señor viene sin duda a tratar de la hacienda de Villanueva?

ROBERTO. -¿Qué hacienda?

GERVASIO. -Una quinta que se vende en estas cercanías, que reditúa unos cinco a seis mil francos.

ROBERTO. -¿Se vende? Bien; ya hablaremos de eso, porque por el pronto creo que tiene usted otras atenciones. ¿Dicen que casa usted a su hija?

GERVASIO. -Ya veo que ha hablado usted con Isidoro.

ROBERTO. -¿Conque es verdad?

GERVASIO. -Sí, señor.

ROBERTO. -Lo siento; pero esa boda no puede verificarse.

GERVASIO. -¿Pues quién se opone?

ROBERTO. -Quien tiene derecho para ello; y usted verá cómo su mismo yerno renuncia a sus pretensiones cuando sepa...

GERVASIO. -Sepa usted, caballero, que Enrique Larrós es un hombre de bien, que no teme a nadie, que no debe nada a nadie.

ROBERTO. -(¡Cielos!) ¡Es Enrique!

GERVASIO. -Pues, sí señor, y ese es el que se casa con mi hija. El partido más ventajoso del país. ¿Pero parece que esta noticia le entristece a usted?

ROBERTO. -¡A mí! No; yo venía en busca suya: Enrique es mi deudor.

GERVASIO. -¿Qué dice usted?

ROBERTO. -¿No tiene usted en su poder los papeles de la familia?

GERVASIO. -Sí, señor; y aquí mismo he de tener algunos, porque me los eché en el bolsillo para extender el contrato. Pero no he visto ni en los títulos, ni en el testamento del Sr. Larrós, padre, que se trate de deudas con nadie.

ROBERTO. -(Conmovido.) (Lo veo; me olvidaron; ninguno de ellos se acordó de mí; pero pronto haré valer mis derechos.) Tengo que pedir a usted una gracia: ¿no podría por un instante ver el testamento del Sr. Larrós?

GERVASIO. -(Revisando unos papeles.) Justamente tengo aquí una copia, y por mi empleo no la puedo rehusar: la minuta está en mi despacho; puede usted pasar a verla cuando guste. Pero..., permítame usted que se lo diga: si tiene usted créditos contra Enrique por títulos que ignoro, no concibo cómo un hombre rico y generoso, como usted parece, pueda querer destruir la felicidad del hombre más honrado que existe.

ROBERTO. -Bien, amigo; ya sé yo lo que debo hacer. Al instante voy a su casa de usted a firmar este documento. (GERVASIO entra en su casa.)

Escena VIII

ROBERTO.

¡Conque esta suerte cruel me ha de perseguir por todas partes! Aun aquí mismo viene a despertar mi indignación, y me obliga a hacer su desgracia! ¿Y por qué los he de perdonar? Todos me han vendido. (Mostrando el testamento.) ¡Se enriquecen con mis despojos! ¡Se gozan en mi muerte! Ni uno solo levanta la voz para defenderme! Este corazón había nacido para la amistad. ¡Han querido que sea malo, que sea ingrato! Pues bien, lo seré; me vengaré (Va a abrir el testamento.) ¿Quién viene?

Escena IX

ROBERTO, ISIDORO.

ISIDORO. -Aquí estoy yo, señor marino.

ROBERTO. -¿Qué traes?

ISIDORO. -Vengo sin licencia de usted, pero es a darle las gracias. Bien lo decía yo. ¡Qué, si cuando usted promete una cosa no tarda mucho en cumplirse! Usted me dijo que despediría a mi rival; pues ya está hecho: está arruinado, o le falta poco.

ROBERTO. -¿Qué dices? ¡Enrique!...

ISIDORO. -¡Calle, ya sabe su nombre! Pues bien: sí, señor: Enrique tenía relaciones de comercio con un negociante del pueblo, el cual le ha hecho perder más de la mitad de sus bienes en una especulación que llaman..., una quiebra.

ROBERTO. -¡Será posible!

ISIDORO. -No tenga usted duda. Un muchacho del pueblo, amigo mío, me lo acaba de contar. Todavía no es público; pero ya lo sé yo, y no tardará en saberse.

ROBERTO. -Yo te lo prohíbo.

ISIDORO. -¡Cómo! Al contrario, es preciso decírselo a todo el mundo; su caudal se disminuye, el mío se aumenta, y yo me la llevo.

ROBERTO. -No importa: te mando que calles.

ISIDORO. -Está bien, señor marino.

ROBERTO. -Y que no le des a Enrique esa noticia hasta que yo te lo permita.

ISIDORO. -Está bien, señor marino; pero ¿y si entretanto se casa con la señorita Estela?

ROBERTO. -Eso no te importa.

ISIDORO. -Como usted guste, señor marino. Con todo, yo creí que me importaba, es decir, por lo que toca...

ROBERTO. -Obedece y vete.

ISIDORO. -Ya me voy.

ROBERTO. -Oye.

ISIDORO. -¿Mande usted?

ROBERTO. -Para que no lo vayas a charlar por el pueblo, ve a esperarme al puerto.

ISIDORO. -Está bien, señor marino. (No se puede hacer bien de un modo más malo.) (Vase por el foro.)

Escena X

ROBERTO.

¡Es posible que mi sola presencia lleve consigo la ruina y la desgracia! Apenas he formado proyectos de venganza, cuando el mismo cielo parece que se encarga de ejecutarlos. ¡Pobre Enrique! ¡Yo le compadezco! ¡A Enrique, que me roba lo que más amo! Vaya, leamos el testamento: su lectura acabará de encender mi cólera. (Recorriéndolo.) Sí, todos sus bienes, todo cuanto posee se lo deja a mi hermano. (Leyendo.) «En cuanto a mi otro hijo, si es que tengo todavía otro hijo, durante su juventud fundaba yo en él mis mayores esperanzas. Si la desgracia, a falta de arrepentimiento, lo vuelve algún día al seno de su familia; si se digna informarse de la última voluntad de su padre, sabrá que el dolor emponzoñó los últimos días de mi vida, porque nada de su culpable conducta, nada ignoraba.» (Interrumpiéndose.) ¡Oh Dios, todo lo sabía! (Continúa.) «Por la buena fama de mi nombre, hasta ahora sin tacha, por la sociedad, cuyas leyes todas ha violado, debo castigarle según sus faltas, y mi maldición será su única herencia.» (Interrumpiéndose.) ¡A la hora de la muerte me maldijo mi padre! ¡Ah! ¡Esto basta para explicar todas mis desgracias! La maldición de mi padre me perseguía. Acabemos. (Lee.) «Gervasio, amigo mío, a usted confío este testamento, que permanecerá en su poder como un monumento de las faltas de mi hijo y de su castigo. Pero si algún día el remordimiento se apodera de su corazón; si algún día, que no es posible, llega a reparar sus yerros, entonces le mando a usted que lo rompa. Sí, Roberto mío, sí; mi desgraciado hijo, todavía mis brazos están abiertos para ti. Ven, amigo mío; yo no quiero más juez que tu conciencia misma. Ven a romper esta sentencia, que firmo con lágrimas; nueva tan consoladora

subirá hasta mí, y el perdón de tu padre bajará del cielo sobre tu cabeza.» No puedo más. Los sollozos me ahogan. ¿Quién viene? Es Estela. Es mi hermano. ¡Ah! Ocultémonos a su vista. (Se oculta en el bosquecillo que hay junto a la casa de GERVASIO.)

Escena XI

ROBERTO, oculto. ESTELA, ENRIQUE.

ENRIQUE. -Todos los parientes están ya reunidos en casa para firmar el contrato; pero usted quiere hablarme...

ESTELA. -Sí, mejor estamos aquí.

ROBERTO. -(¡Ella es! Esa voz que no oigo hace tanto tiempo...)

ENRIQUE. -Pues Estela, ¿qué tiene usted que decirme? ¡Qué tristeza! ¿Me habrá engañado el Sr. Gervasio cuando acaba de decirme que consentía usted en esta boda?

ESTELA. -No; él ha dicho la verdad. Yo conozco todas las virtudes que lo adornan a usted, y me envanecería de ser su esposa; pero óigame usted, y juzgue después. Roberto, su hermano de usted, partió de aquí hace ocho años, y entonces... Oiga usted un secreto, que ni aun mi padre sabe; entonces yo le amaba.

ENRIQUE. -¡Cielos!

ESTELA. -No desconozco sus faltas y sus extravíos, nada; pero si usted supiera el motivo que lo alejó de aquí, le conservaría también ese corazón generoso la amistad que le conserva el mío.

ENRIQUE. -¡Qué dice usted!

ESTELA. -La mañana después del día en que su fatal imprudencia estuvo para costarle a usted la vida...

ENRIQUE. -¡Cómo! ¿Usted sabe?...

ESTELA. -Sí. Él me lo decía todo: yo era su confidenta, su única amiga. Aquella mañana le veo entrar en mi cuarto... «Separémonos, me dice: la fatalidad me persigue, yo no puedo reparar mis crímenes sino cometiendo otros nuevos.» Roberto, le dije yo, ¿adónde te vas? «A sentar plaza por mi hermano, a morir; pero a morir como honrado, aunque ni eso merezco.» Me hizo que le prometiera no revelar a nadie este sacrificio; pero revelándoselo a usted, Enrique, no creo vender el secreto. A su partida le di, como prenda de amistad, aquella cruz de oro que me dejó mi madre. «Estela, me dijo, soy indigno de ti, lo sé; tú no puedes ya ser mía; pero júrame al menos que no te unirás a otro hasta que recibas pruebas de que yo no existo.» Yo se lo juré y partió. Desde entonces no le hemos vuelto a ver.

ENRIQUE. -¡Ah, demasiado cierto es!

ESTELA. -Yo ignoro si él ha terminado sus días; pero pronuncie usted mismo: ¿estoy ya dispensada de mi juramento?

ENRIQUE. -No, Estela, no lo está usted. Yo también tengo esperanzas de que mi hermano viva todavía.

ESTELA. -No esperaba yo menos de usted.

ENRIQUE. -Estela, ya sabe usted cuánto la amo. Diez años hace que mi única dicha es verla a usted y amarla; pero si yo hubiera sabido los derechos que tenía mi hermano, yo mismo hubiera huido de usted, aunque me hubiera muerto de dolor.

ESTELA. -(Con ternura.) ¡Enrique!...

ENRIQUE. -Pero si algún día vuelve, yo le diré: «Hermano, durante tu

ausencia yo te he guardado tu querida y la mitad de la herencia de mi padre; ahí las tienes, tuyas son.»

ROBERTO. -(¡Ah, hermano mío! Venzámosle en generosidad.) (Entra sin ser visto en casa de GERVASIO.)

ESTELA. -Pero Enrique, qué error. No, amigo mío, no. Yo le estimo a usted; yo le amo: sólo le suplico, no que deshaga esta boda, sino que la difiera, porque ya ve usted, no quiero faltar a la promesa que le hice a un desgraciado que todo el mundo abandona. Si él volviera, si estuviera aquí, él mismo conociera cuánto más acreedor es usted a mi cariño, y estoy segura que me diría: «Estela, te devuelvo tus juramentos; cástate con mi hermano.» Y lo juro, Enrique; yo obedecería al instante sin temor ni repugnancia.

ENRIQUE. -¿Me dice usted la verdad?

ESTELA. -Después de la confianza que le he hecho, ¿duda usted aún de mi sinceridad?

ENRIQUE. -No; la creo a usted: voy a casa a acompañar a los amigos, y cuando venga su padre de usted le diré que soy yo quien quiere diferir la boda: así no tendrá nada que decirle a usted. Adiós. (Entra en su casa.)

Escena XII

ESTELA, GERVASIO.

ESTELA. -¡Ah, padre! Enrique lo buscaba a usted.

GERVASIO. -Calla, no hay que perder tiempo, es preciso firmar al instante tu contrato.

ESTELA. -Al contrario. ¡Enrique es tan bueno! Ha accedido a mis súplicas, y quiere diferir la boda.

GERVASIO. -Imposible. Ya no podemos diferirla.

ESTELA. -¿Por qué?

GERVASIO. -Enrique está arruinado. Una quiebra imprevista le priva de una gran parte de sus bienes.

ESTELA. -¿Quién se lo ha dicho a usted?

GERVASIO. -Acabo en este instante de saberlo, y aún temo otras desgracias. He vendido ahora mismo en mi despacho la hacienda de Villanueva a un forastero que me ha pagado sobre la marcha, sin quererme decir a nombre de quién la compra. Pero por algunas palabras que se le han escapado, he conocido que tiene contra Enrique créditos considerables. Esto no lo sabe nadie todavía; pero cuando Enrique lo sepa, yo conozco su honradez, no querrá que unas tu suerte a la de un hombre sin bienes, y deshará la boda; pero nosotros, que somos ahora más ricos que él, no debemos permitirlo.

ESTELA. -Sí, padre, tiene usted razón; y usted verá si soy digna hija suya.

GERVASIO. -(Conmovido.) Ven, hija mía. Ven a abrazarme.

ESTELA. -¿Y cómo le hemos de decir a Enrique?...

GERVASIO. -Tranquilízate; yo me encargo de componerlo todo: dentro de un instante estará extendido el contrato, y tú lo firmarás. ¿Me lo prometes?

ESTELA. -Sí, padre mío.

GERVASIO. -Bien. ¡Ea, valor, y esperar la suerte! El que cumple con sus deberes, nada debe temer ni por el porvenir ni por la felicidad. (Entra en casa de ENRIQUE.)

Escena XIII

ESTELA.

Sí, bien dice mi padre; el deber me manda casarme con Enrique. Pero y la promesa que he hecho a Roberto, ¿es acaso menos sagrada? ¡Ah! Lo conozco, este será el tormento de mi vida. A cada instante me parecerá verlo volver y echarme en cara mi debilidad... y con razón, porque nadie, nadie sino él mismo puede dispensarme de mis juramentos. Pero ¿quién es ese forastero que viene hacia aquí?

Escena XIV

ESTELA, ROBERTO.

ROBERTO. -(Vamos, valor: ocho años de combates, de fatigas, de penas, me habrán desfigurado bastante aun a sus mismos ojos.)

ESTELA. -(¡Cómo me mira! Y no sé lo que siento; pero me parece que esas facciones no me son desconocidas.)

ROBERTO. -¿No es usted la hija del Sr. Gervasio?

ESTELA. -(¡Esta voz! ¡Oh cielos! ¡Mi conmoción se aumenta!) (A ROBERTO.) Qué, ¿no me conoce usted?

ROBERTO. -(Con frialdad.) ¡Yo! No, señora. La veo a usted hoy por la primera vez; pero ¿qué tiene usted?

ESTELA. -Perdone usted, caballero. Sí, me he equivocado. (No, ya estaría a mis pies, ya hubiera llevado a su corazón la mano de su amiga; pero...) (ROBERTO hace un movimiento.) ¡Ah! No es posible. Roberto, tú eres.

ROBERTO. -(Conteniéndose.) ¿Roberto dice usted? ¡Ah, sí: ya conozco la causa de esa sorpresa! Era mi compañero de armas. Servíamos en el mismo buque, y no es usted ya la única que me ha equivocado con él; pero en el día no es ya fácil que a bordo nos equivoquen.

ESTELA. -¿Qué dice usted?

ROBERTO. -Era tan desgraciado, que la vida no tenía ya encantos para él.

ESTELA. -¡Cómo! ¿Siempre desgraciado?

ROBERTO. -(Mirándola con ternura y dolor.) No, ya no lo es, señorita; y esta carta que me dio para usted le acabará de explicar...

ESTELA. -¡Dios mío! ¡Su letra! (La abre y lee.) «Cuando llegue a sus manos de usted esta carta, todo se habrá acabado para mí. Estela, yo le devuelvo a usted su juramento y esta cruz..., prenda de su amistad.» (Viendo la cruz que se sale de entre la carta.) ¡Ah!... (Da un grito y cae desmayada.)

ROBERTO. -(Sosteniéndola y sentándola en el banco.) ¡Miserable de mí! ¡Cómo no lo he previsto! ¿Qué haré? ¡Destruir con una sola palabra toda mi obra! ¡Abandonarla en este momento! ¡Estela, Estela, vuelve en tí, Roberto es quien te llama!

ESTELA. -(Empezando a volver.) ¡Ha muerto!

ROBERTO. -No, vive todavía para merecer tu estimación, para sacrificarte su dicha. (Estela hace un movimiento.) ¡Cielos! Se abren sus ojos. ¡Adiós, Estela! ¡Adiós, hermano mío, adiós para siempre! (Vase precipitado por el foro.)

Escena XV

ESTELA.

¡Qué es esto! ¿Dónde estoy? Me engaña mi imaginación, o hace un

momento que aquí mismo... Sí, él era; era Roberto; estaba a mis pies.
(Viendo la carta que está en el suelo y levantándola.) ¡Ah! No, todo ha
sido un sueño. Esta es la verdad. ¿Quién viene? Es Enrique y mi padre.

Escena XVI

ENRIQUE, ESTELA, GERVASIO y parientes.

GERVASIO. -Hija mía, aquí tienes el que va a ser tu esposo: este es
el contrato: sólo falta tu firma.

ESTELA. -(¡Cielos! ¡Y en qué momento!)

GERVASIO. -¡Cómo! ¿Dudas? ¿Has olvidado tus promesas?

ESTELA. -¿Quién? ¡yo! No, padre; pero la conmoción...

ENRIQUE. -Pero ¿cómo ha cambiado usted tan pronto de resolución? Hace
poco que quería usted diferirlo, y...

ESTELA. -Enrique, después le diré a usted, y sabrá los motivos...

GERVASIO. -Vamos. (A ENRIQUE.) ¿También tú dudas ahora?

ENRIQUE. -¡Yo! ¿Pues no he firmado ya el primero?

GERVASIO. -Vamos, hija mía, firma. (ESTELA toma la pluma.)

Escena última

Dichos, ISIDORO.

ISIDORO. -Gracias a Dios que llegué. ¡Lo que he corrido! Desde el
puerto aquí en diez minutos.

GERVASIO. -Isidoro, a tiempo vienes; servirás de testigo en el
contrato.

ISIDORO. -¡El contrato! ¡Qué dice usted! Pues qué, ¿se casa su hija?

GERVASIO. -En este momento.

ISIDORO. -¡Qué va usted a hacer! Sepa usted que yo tengo ya cincuenta
mil francos, y que su yerno no tiene nada.

ENRIQUE. -¿Qué estás diciendo?

GERVASIO. -¡Quieres callar!

ISIDORO. -Ya estoy callando hace más de una hora, y quiero hablar,
quiero hablar, porque ese señor forastero, que es mi protector y a quien
no conozco, pero que me conoce perfectamente, me ha dicho: «Toma,
majadero, lleva este pliego al Sr. Enrique Larrós, y ya te doy licencia
para que le cuentes la quiebra que acaba de arruinarlo.»

TODOS. -¡Arruinado!

GERVASIO. -¡Calla! ¡Hija mía!

ESTELA. -(Que ha firmado, presenta el contrato a su padre.) Ya está.

GERVASIO. -(Tomándolo.) Bien, hija, bien. (A ENRIQUE.) Sí, amigo mío;
nosotros lo sabíamos ya.

ENRIQUE. -¡Dios mío! Ahora conozco por qué Estela mudó de resolución
y por qué usted lo ha apresurado; pero yo no lo puedo permitir, (Abriendo
el pliego que le dio ISIDORO.) y cualesquiera que sean las desgracias que
este papel me anuncie... (Leyendo.) ¡Qué veo! ¡Estoy soñando! ¡La hacienda
de Villanueva con todas sus dependencias comprada a nombre mío y de
Estela! Vea usted el contrato.

GERVASIO. -¡Calle! ¡Era para usted!

ESTELA. -¡De dónde nos viene eso!...

ISIDORO. -¡Jesús! Ya son dos veces más ricos que antes. Vamos, ese
señor ha perdido la cabeza.

TODOS. -¿Quién?

ISIDORO. -El forastero de esta mañana.

ENRIQUE. -Ese que nadie conocía. Descubramos este misterio. (A ISIDORO.) Habla, ¿dónde está?

ISIDORO. -Cuando yo llegué al puerto, donde él me había mandado que lo esperase, vi una hermosa fragata, la que entró esta mañana: allí nos estaban esperando unos oficiales que habían venido en un bote, y uno de ellos le dijo al forastero: «¿Partimos ya, mi capitán?» «Al momento», respondió él. Yo no le quitaba ojo. Estaba pálido, temblando, y le caían unas lágrimas... Luego se quitó el sombrero como para saludar las costas de Francia.

ENRIQUE Y ESTELA. -¡Gran Dios!

ISIDORO. -Y en seguida me dijo: «Mañana, cuando Estela sea ya esposa, cuando sea feliz, lleva este billete al Sr. Gervasio.» (Le saca.)

TODOS. -¡A ver!...

GERVASIO. -Dame pronto. (Lo toma.) «Al Sr. Gervasio, notario.»

ENRIQUE. -(Mirando el sobre.) ¡Gran Dios! ¡Es su letra!

GERVASIO. -(Abre y lee.) «Ya puede usted romper el testamento de mi padre.»

ENRIQUE. -¡Él es! Mi hermano.

TODOS. -¡Roberto!

ENRIQUE. -Corramos. (Suena un cañonazo a lo lejos.)

ESTELA. -El tiro de leva. (Cae en brazos de ENRIQUE.)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo